

Francesc Miralles

El cuaderno de
AROHA

Una novela sobre
los misteriosos
hilos del destino
y del amor



Índice

Portada

Índice

Cita

Primera parte

Blue Hotel

Un salto al vacío

Lugares que no hay que ver antes de morir

Alguien

Ladrones de cuerpos

Aroha #1 (Hotel Infierno)

Aroha #2 (La dictadura de la felicidad)

Nanowrimo

15.000 ganadores

La autopista extraterrestre

Aroha #3 (Algo misterioso que falta)

Constatación

Aroha #4 (Cuando vuelvas pronto a casa)

El interior de la ballena

Aroha #5 (El tatuaje que una sola persona (aparte de mí) podrá ver)

Escribir el mañana

50 maneras de destruir el mundo

Contar algo que no termina nunca

La ventaja de amar sin esperanza

Aroha #6 (Mi nombre)
Tensión sexual no resuelta
Aroha #7 (La última cinta)
Perdido en la bruma
Aroha #8 (Nadie es de nadie)
La invitación

Segunda parte

Indagaciones
Idilia
La secta
Padre Niebla
Noche sobre Idilia
Despertar
El refugio
Las cosas podrían ser mejores de lo que son
Nausica
El mundo de arriba
Las tres vidas
Amar lo que es
El asalto
La vida es la gente
Carta blanca para vivir

Tercera parte

Un nuevo exilio
Pista de interrogatorio
La última entrada
Aroha #9 (Un huevo de Pascua)
Mañana, mañana y mañana
El nacimiento de Aroha

Agradecimientos

Notas

Créditos

AROHA significa «**amor**» en maorí,
la lengua de los nativos de Nueva Zelanda.
AROHA es también una palabra japonesa que,
entre otras cosas, significa
«te quiero»
Pero si lees **AROHA** al revés,
descubrirás otro significado igual de importante
que completa el anterior:
AHORA.

*La vida no vivida es una enfermedad
de la que se puede morir.*

CARL GUSTAV JUNG

Primera parte

Blue Hotel

Había algo profundamente triste en aquel cuadro.

Colgado junto al ascensor del hotel, mostraba una vista general de la playa. Por la intensidad cruda y blanquecina de la luz, el artista había querido plasmar la primera hora de la mañana. Tres bañistas solitarios, separados entre sí por decenas de metros, se aproximaban al agua antes de que la marabunta cubriera con sus toallas hasta el último trozo de arena.

Aunque cada una de las figuras constaba apenas de unas pinceladas, podía observarse una actitud muy distinta en todas ellas.

La primera era una mujer gruesa que, embutida en su bañador y con gorro de goma, contemplaba el mar calmo con los brazos en jarras, como si las olas fueran niños díscolos a los que había que regañar.

En el centro de la imagen, un niño desnudo se agachaba sobre la arena y levantaba un castillo demasiado cerca del mar. El cuerpo del chico estaba en concentrada tensión, ignorante de que la primera ola con un poco de brío acabaría con su efímera construcción.

La tercera figura, la más lejana, era una joven tumbada al sol. Con una de las piernas flexionadas y la larga cabellera esparcida sobre la arena, parecía una naufraga que espera ser rescatada de su propio hundimiento.

Como yo mismo.

A mis 17 años, empezaba a salir de una depresión que no sabía cómo ni por qué había llegado.

«Se trata de un desequilibrio químico en el cerebro — me había explicado el psiquiatra—. Hay personas a las que se les agotan las reservas de algún componente esencial, como el litio, y necesitan medicarse para que los niveles vuelvan a la normalidad. No es nada más que eso.»

«Nada más que eso —me repetía cada mañana al tomar el antidepresivo y el ansiolítico que me causaba ataques de sueño—. Pero ¿por qué me ha tocado a mí?»

«Estás luchando por tu nueva identidad —había afirmado un psicólogo que reforzaba mi terapia—. A los quince años entraste en la edad adulta sin haber abandonado del todo la infancia. Hay una parte de ti que se aferra a lo que fuiste, porque te da miedo la libertad que se abre ante ti. Por eso empezaron entonces los síntomas. En realidad son todo buenas noticias.»

«¿Buenas noticias? —pensé entonces—. ¿Qué tiene eso de buenas noticias?» Llevaba dos años con despertares abruptos de madrugada, preso de la angustia, y ya no lograba conciliar el sueño. Nada más salir a la calle sentía que me faltaba el aire, y un miedo atroz se apoderaba hasta del último nervio de mi cuerpo. Tenía pánico a morir fulminado. Un temor absurdo, bien pensado, ya que en aquel estado, mi vida tenía un valor cercano a cero.

«Para levantar un nuevo edificio has de derribar el viejo —había seguido el psicólogo—. Estás ultimando la demolición de tu yo-niño para poder levantar un hermoso yo-adulto capaz de valerse por sí mismo.»

Al parecer, la fase de demolición había terminado. Por primera vez me había separado dos semanas de mis padres para pasar el inicio de julio con mi abuelo, en un hotel junto a la playa que trataba de plasmar aquel cuadro desolador.

Sólo llevaba un par de horas allí y ya estaba arrepentido de haber aceptado el plan. Aun así, me resistía a regresar. Mi abandono de las vacaciones sería visto como una recaída y entraría de nuevo en terapia. Implicaba retomar la medicación que adormecía mi conciencia y me convertía en un zombi deambulador.

Era casi una cuestión de orgullo. Resistiría los quince días en aquel hotel sin gracia alguna. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que mis padres no volvieran a mirarme con compasión.

En los dos años que había durado mi recuperación, había aprendido a sufrir. Sin embargo, no estaba preparado para lo que iba a suceder aquel mismo día, cuando el sol alcanzara el punto más alto en el cielo, como una espada de luz que desnuda un secreto que no puede ser ocultado más tiempo.

Un salto al vacío

Lo único bueno de aquella habitación castigada por el tiempo era que no tendría que compartirla con nadie. O al menos eso pensaba yo antes de que todo empezara.

Mi abuelo había tenido el detalle de reservarme una individual. Estábamos los dos en el mismo pasillo, separados por unas cuantas puertas tras las que se alojaban varias familias ruidosas.

Me desnudé mientras miraba de reojo un programa de documentales en el viejo televisor.

Antes de ponerme el bañador que llevaba dos años durmiendo en un cajón —el tiempo que yo llevaba sin ir a la playa o a la piscina—, me miré en el espejo de cuerpo entero del armario. Estaba blanco como la leche y un par de kilos por debajo de mi peso.

Algunas chicas de mi clase me miraban con descaro en las clases de gimnasia. Tal vez porque no les hacía ningún caso, oía a mis espaldas comentarios que basculaban entre un recatado «Josán tiene algo» hasta el más explícito «está cañón».

Yo atribuía estas atenciones a que era el único tipo que no se les echaba encima a la menor ocasión. Demasiado encerrado en mi mundo para entregarme al flirteo, la mayoría de insinuaciones e indirectas me pasaban desapercibidas.

Desnudo ante el cristal reflectante, me pregunté qué verían en mí que suscitara aquellos comentarios y risitas. Siempre me elegían de modelo para los trabajos de fotografía y vídeo. Al parecer me encontraban esbelto y con rasgos proporcionados.

«La cámara te quiere», me habían dicho más de una vez.

El problema era que yo no me quería. En el espejo, yo sólo veía a un chico desgarrado, de cabellos revueltos y ojeras pronunciadas, fruto de largos meses durmiendo mal.

Una enérgica cuenta atrás en el televisor captó de repente mi atención. Era un reportaje sobre la gesta realizada años atrás por Felix Baumgartner.

Con el bañador aún en la mano, me senté ante la pantalla a contemplar unas imágenes que había visto ya decenas de veces. No me cansaba de verlas.

En Roswell, Nuevo México, había un montón de gente supervisando el viaje de aquel loco austríaco en un globo de helio que lo llevaría fuera de la atmósfera. La pequeña cápsula que le servía de cabina iniciaba su silencioso viaje vertical hacia una altura jamás alcanzada de aquel modo por un ser humano: 39.000 metros.

Baumgartner se perdía en la inmensidad azul como los globos que yo había perdido de pequeño con un hondo sentimiento de tristeza.

La siguiente toma mostraba al austríaco ya en la oscuridad sideral, contemplando la curva del planeta desde la puerta abierta de su cápsula. Parecía dudar entre saltar o no saltar.

Tras unos segundos de vacilación, el hombre se arrojaba al vacío. 4 minutos y 19 segundos en caída libre hasta alcanzar una velocidad de 1.166 kilómetros por hora. Por primera vez, un cuerpo humano desprovisto de artilugio alguno rompía por sí mismo la barrera del sonido.

Según contaba, había estado a punto de perder el conocimiento antes de abrir el paracaídas, a causa de la velocidad y de las violentas vueltas que daba su cuerpo, totalmente fuera de control.

Sin embargo, finalmente lograba estabilizar la caída supersónica y abrir el paracaídas para volver vivo a la Tierra.

Mientras un Baumgartner eufórico se arrodillaba y levantaba los brazos en señal de triunfo, sentí una mezcla de admiración y vergüenza. Meses atrás yo había sido incapaz de salir de casa y cruzar la calle. Una acción cotidiana como aquélla había sido para mí tan terrorífica como un salto al vacío.

Justo cuando iba a extraer conclusiones, una voz conocida bramó al otro lado de la puerta:

—¿Vamos a la playa o qué?

Lugares que no hay que ver antes de morir

Odio a mi abuelo desde que tengo uso de razón. Es un hombre fuerte y presumido que, a sus setenta años, se atreve a abordar a mujeres a las que dobla la edad. Y a veces le funciona. Pero no es eso lo que aborrezco de él. Lo que no soporto es la prepotencia con la que habla de cualquier cosa y su costumbre de no escuchar a nadie, a no ser que elogien algún aspecto de su persona.

Lleva casi media vida viudo y un cuarto de siglo sin trabajar. Nunca he entendido muy bien a qué se dedicaba antes. Dicen que compraba y vendía empresas. Hizo una pequeña fortuna que administra con gran usura.

«*Hay que poner el dinero a trabajar*» es una de sus frases, aunque tampoco sé exactamente qué significa.

Aquel martes en que mi vida daría el vuelco definitivo empezó siguiendo los tediosos rituales de un hotel playero, donde lo más emocionante es el desayuno, la comida y la cena.

El viejo había desayunado fuerte, cómo no, dando buena cuenta de cada céntimo invertido en la pensión completa. Yo apenas había podido tragar un cruasán, ayudado por un vaso de zumo en polvo.

Tras recoger en nuestras habitaciones las toallas, salimos del hotel y cruzamos las dos calles polvorientas que nos separaban de la playa. Debía de ser la misma del cuadro,

aunque a las 11.30 era un hormiguero humano donde no resultaba nada fácil encontrar sitio para tender las toallas.

Yo delegaba esa tarea en mi abuelo, que tiene un talento natural para hallar el lugar idóneo: aquel que permita una mejor y más abundante contemplación de mujeres jóvenes en *topless*.

En mi primer día de playa, después de tumbarme a su lado con un periódico deportivo, asistí desganado al orden de cosas que se repetiría un día tras otro. Tras cubrir su cuerpo aún atlético con una capa de protección solar, miró el agua con suficiencia y luego abrió un libro francés.

101 lieux à ne pas voir avant de mourir

—¿Qué es este libro tan raro? —le pregunté.

—Una guía de lugares horribles que es mejor no ver antes de morir.

—Está en francés.

—*Bien sûr*. Ya sabes que tu abuelo siempre ha sido muy afrancesado. Aún mantengo amigos en Perpiñán de cuando trabajé allí en mi juventud.

Interrumpió una historia que me sabía de memoria para contemplar sin disimulo a dos chicas de aspecto nórdico. Acababan de salir del agua para volver a sus toallas, justo delante de nosotros. Me avergonzó la fijeza con la que el viejo radiografiaba el tembloroso balanceo de los pechos desnudos que todavía ganaban la batalla a la gravedad.

—Llevas toda tu vida viniendo a este maldito pueblo y a este hotel —dije para chincharlo—. ¿Por qué diablos te interesan los lugares horribles adonde nunca vas a ir?

—Me gusta saber que no me estoy perdiendo nada.

En mi papel de nieto desvergonzado, le arranqué el libro de las manos para ver el índice de aquellos lugares que convenía evitar. Traduje mentalmente algunos de los títulos de capítulo: